

LA RETIRADA DE AFGANISTÁN

Ángel Tafalla Balduz
Almirante (retirado)

SÍNTESIS

La retirada de Afganistán y sobre todo la manera improvisada con que se ejecutó, incidirá inmediatamente sobre la situación en Oriente Medio e indirectamente sobre la posible contribución futura OTAN/UE a la contención de China. Este trabajo pretende estimar ambas consecuencias.

PALABRAS CLAVE: AFGANISTÁN; TALIBÁN; OTAN; ORIENTE MEDIO; AUTONOMÍA ESTRATÉGICA EUROPEA; CHINA.

Antes de tratar de extraer consecuencias estratégicas de la reciente retirada de Afganistán de norteamericanos y europeos, haremos una somera descripción de lo intentado en ese atormentado país asiático y las razones que nos han conducido a compartir el mismo destino que las potencias extranjeras que en su día intentaron controlarlo y no lo consiguieron. Pero las consecuencias del fin de estos veinte años luchando y esforzándonos en llevar Afganistán a la modernidad probablemente se sentirán mucho más allá de sus fronteras. Por eso precisamente es tan importante intentar estimar cuales pueden ser estas consecuencias para los EEUU y sus aliados, tanto de la OTAN como los que le siguen en su "pívor" asiático, que no es más que una denominación indirecta para calificar los esfuerzos de contención de China que tratan de evitar alcance la hegemonía mundial.

En Afganistán los norteamericanos desplegaron inmediatamente después del trauma del 11 de septiembre del 2001 con los ataques terroristas de Al Qaeda contra Nueva York y Washington. La Operación "Enduring Freedom-A" ejecutada primariamente por fuerzas norteamericanas y británicas tenía como objetivo el derrocamiento del régimen talibán que había dado cobertura logística a Al Qaeda. Esto se consiguió en un breve intervalo de tiempo, apo-

yados por efectivos afganos de la Alianza del Norte, visceralmente anti talibán y anti pastún. Esta Operación se mantuvo formalmente hasta el 2014.

En paralelo a la "*Enduring Freedom*", la OTAN —que había declarado el Artículo 5 tras los ataques del 11-S— tomó el relevo de las Naciones Unidas en la Operación ISAF, que buscaba la reconstrucción de las infraestructuras afganas —carreteras, aeropuertos, sistemas de riego, etc.— y de sus instituciones de gobierno. La ISAF duró algo más de diez años, del 11.08.2003 al 31.12.2014 aunque esta labor de reconstrucción se vio continua y crecientemente hostigada por los talibanes que habían conseguido reconstituirse tras su derrota inicial. Durante la mayor parte de estos diez años y medio, el liderazgo norteamericano estuvo estratégicamente distraído por la paralela guerra en Irak, de la que la administración Obama intentó en vano separarse, y que originó la aparición del Daesh, organización terrorista salafista suni aún más radical que Al Qaeda.

A partir del 2015, la OTAN —también bajo presión de la administración Obama— sustituyó la Operación ISAF por la "*Resolute Support*" que se centraba en el adiestramiento de un incipiente ejército y fuerza policial afgana, que con el tiempo llegó a alcanzar más de 300.000 efectivos, más teóricos que reales al estar minados por desertiones y corrupciones de todo tipo. La constitución y adiestramiento de este ejército tenía el declarado objetivo de permitir algún día la salida de las fuerzas occidentales una vez que alcanzara su operatividad mediante generosas transferencias de armamento, vehículos, aeronaves y fondos para su operatividad y transporte. La "*Resolute Support*" duró algo más de cinco años, desde el 2015 hasta la reciente retirada de este verano y también sufrió el hostigamiento de los talibanes que solo cesó con el comienzo de las negociaciones en Doha entre la administración Trump y los líderes talibanes.

La descripción de estas tres Operaciones y sus misiones oficiales no nos puede ocultar que las cuatro administraciones norteamericanas involucradas durante estos veinte años —Bush, Obama, Trump y Biden— lo que buscaban realmente como objetivo político era la neutralización física de los talibanes, o como mínimo, que fueran incapaces de albergar y apoyar de nuevo terroristas islámicos de alcance internacional. Solo tras la lenta constatación de que la constitución étnica de Afganistán y su corrupción endémica, hacían imposible la desaparición de los pastunes radicalizados, que no otra cosa son los talibanes, empezaron a promover el cambio de misiones formales OTAN, pero eso sí, manteniendo siempre una dicotomía entre el ob-

jetivo oficial y el fin político no declarado que con el tiempo evolucionó en sus detalles. No es posible entender lo que ha sucedido en Afganistán sin tratar de identificar cuales fueron esos fines políticos que nunca vieron la luz del día, pero que sí operaban sobre los altos mandos norteamericanos.

Cuando muchas voces en el Pentágono aun apoyaban la permanencia en Afganistán de una pequeña fuerza norteamericana/OTAN dedicada a mantener el apoyo logístico y aéreo al ejército afgano, el presidente Biden decidió la retirada inmediata y total, sin contar ni con la opinión del gobierno local, ni la de sus aliados. Consecuentemente la cadena de mando OTAN que parte del SACEUR permaneció inactiva durante toda la operación de evacuación. La UE tampoco fue —naturalmente— informada y no pudo por lo tanto intentar coordinar los esfuerzos aéreos y de identificación del personal afgano en riesgo físico al habernos ayudado en la modernización del país. Cada nación OTAN actuó por su cuenta, aunque es justo reconocer que la buena voluntad y el compañerismo de tantos años luchando juntos, hizo que norteamericanos y aliados pudieran coordinarse en el aeropuerto de Kabul. Pero todo fue improvisado y naturalmente acordado únicamente por abajo.

¿Qué pudo causar que el presidente Biden decidiera mantener el discutido acuerdo de retirada alcanzado por su antecesor con los talibanes? Todo parece indicar que los estados de opinión del electorado norteamericano que reflejaban un cansancio con “las guerras interminables” influyeron decisivamente en el Sr. Biden. Podríamos especular cuál hubiese sido la respuesta si se hubiese preguntado a los norteamericanos sobre la conveniencia de mantener los despliegues en Europa, Japón o en Corea del Sur tras tantos años transcurridos desde los caecimientos que los originaron. Pero sobre estos últimos nunca se preguntó; sobre Afganistán, sí. Y aquí encontramos la causa principal, de que una administración que alardeaba de invertir el rumbo de las decisiones de Trump, no solo las cumplimento fielmente, sino acelero su ejecución. El fallo de las estimaciones de Inteligencia norteamericana sobre el previsible intervalo de resistencia del gobierno y ejército afgano, añadió improvisación a la operación de evacuación, pese a que los talibanes fieles al espíritu, no a la letra conocida, de sus acuerdos con la administración Trump, decidieron no hostigar la retirada, llegándose a establecer unos canales de coordinación directos que permitieron que el caos no llegara convertirse en desastre.

En estos últimos años la sociedad afgana, especialmente en los mayores centros urbanos empezando por Kabul, ha evolucionado

bastante. El ambiente rural sigue siendo atrasado, pudiéramos decir que análogo al nivel de la Europa medieval; pero algunas élites afganas urbanas se habían acostumbrado a estándares casi occidentales de libertad y disfrutaban de una cierta prosperidad. Es de suponer que los dirigentes talibanes —que durante estos veinte años han permanecido principalmente en el exilio— hayan evolucionado también aun manteniendo una rigidez islámica que ellos creen es imprescindible para gobernar un país multiétnico y con una corrupción endémica. Aunque esta posible evolución talibán no se pueda demostrar, hay indicios significativos: su reciente sensibilidad a la media, el que hayan adoptado uniformes occidentales con gusto, los acuerdos con dos administraciones sucesivas norteamericanas (de los que no conocemos todo su contenido), cierta “tolerancia” en el trato a las mujeres, el comportamiento de su “embajada” en Doha, la mencionada contención en la evacuación por el aeropuerto por Kabul, etc. Estos síntomas no son determinantes, pero sí indiciarios de que la postura a albergar células activas de Al Qaeda también pudiera haber cambiado. Siempre existirá una cierta simpatía entre ambas organizaciones salafistas, pero enfrentarse de nuevo a todo Occidente al permitir ataques organizados desde territorio afgano, parece demasiado para estos talibanes cuyas bases pastunes han sufrido enormes bajas durante estos veinte años. Si estas estimaciones se muestran ciertas, quizás el nivel de vida en Afganistán no sea tan terrible como imaginamos desde aquí y consecuentemente la sensación de culpa occidental al haberlos abandonado (por segunda vez) pueda aliviarse. Pero para que suceda esto hará falta mucha flexibilidad por las dos partes y que el dialogo iniciado y la ayuda humanitaria continúen para evitar que otros agentes —China, Rusia o Arabia Saudí— manipulen la situación a su favor. Incluso la abierta hostilidad del régimen talibán (y Al Qaeda) con el Daesh es un factor positivo para poder llegar a alcanzar un cierto entendimiento con los EEUU. El tradicional papel de intermediación que Qatar viene desempeñado entre EEUU y los extremistas sunníes también puede contribuir a aliviar la situación afgana. El apoyo que los talibanes han recibido de Irán hasta el momento, se estima desaparecerá tras el fin de la presencia americana en Afganistán pues era lo único que unía a estos dos regímenes tan enfrentados ideológicamente: el acabar con dicha presencia. Esperemos que todos hayamos aprendido con tan dolorosa experiencia: los occidentales a no tratar de imponer la democracia por la fuerza y los talibanes que no pueden conservar el gobierno si permiten lanzar ataques desde su país a Occidente.

La fase posterior para EEUU de su precipitada —y caótica— salida de Afganistán parece lógico deba conducir a una reducción drástica de efectivos militares desplegados en Oriente Medio especialmente los de Arabia Saudí, Kuwait y Qatar. Si el objetivo de la retirada de Afganistán era concentrarse en contener militarmente a China, no tendría sentido mantener fuerzas significativas en otros países de la zona. El tratar de rebajar la tensión con Irán, retomando el tema de la anti proliferación nuclear, es otra consecuencia lógica para los norteamericanos de lo sucedido en suelo afgano.

La mayor ventaja que EEUU disfruta en su buscado enfrentamiento con el creciente poderío militar chino es el contar con numerosos y tradicionales aliados en Asia, particularmente Japón, Corea del Sur y Australia. Para contener a Rusia ante su poco respeto por las fronteras europeas actuales, las distintas administraciones norteamericanas han venido apoyándose en sus aliados de la OTAN. La retirada de Afganistán, y sobre todo la manera en que esta se ha llevado a cabo, se estima propiciará en el seno de la Alianza Atlántica un debate acerca de las futuras reacciones ante las amenazas híbridas y operaciones de crisis. Cabe esperar también que la citada retirada de Afganistán, unida a las repercusiones del acuerdo AUKUS, desaten en la UE un debate paralelo sobre la conveniencia de reforzar las iniciativas para alcanzar un mayor grado de autonomía con relación a la actual situación de dependencia de los EEUU. El Brexit ha liberado a la UE de la quinta columna que tenía en su seno con relación a la búsqueda de dicha autonomía, que evidentemente no es un problema esencialmente militar sino más bien político. Habría que unificar políticas exteriores europeas y admitir un liderazgo efectivo. Con relación a este último aspecto, la actitud del próximo gobierno alemán tendrá una importancia decisiva. Pronto veremos el resto de los europeos como funciona —con un nuevo gobierno— el acercamiento del poder económico alemán a la mayor capacidad militar francesa; pero lo sucedido en Afganistán no se le olvidará a nadie en los próximos años. La paralización de la cadena de mando OTAN en la organización y conducción de la operación de salida de este último país justificaría en el seno de la Alianza la aparición de un pilar europeo alrededor de las naciones de la UE pero que —a mi juicio— no debería contar con la Gran Bretaña que siempre se opondrá a cualquier iniciativa que refuerce el Continente y le otorgue un grado de cierta independencia con relación a los intereses norteamericanos del que ellos no disfrutarán nunca. El primer logro de esta deseable autonomía estratégica europea creo que debería ser evitar ser arrastrados hacia un hipotético conflicto militar entre China y los EEUU. Ciertas prácticas comer-

ciales y financieras chinas actuales son inaceptables y contradicen las reglas globales comúnmente aceptadas. Pero tratar de contrarrestarlas no debería llevar a los europeos a utilizar forzosamente la fuerza. El nuevo concepto estratégico de la OTAN a aprobar en la próxima cumbre de Madrid del 2022 ofrece una posibilidad de recoger alguna de estas sensibilidades. Nosotros no tenemos un liderazgo mundial que perder, como los EEUU, y por lo tanto no deberíamos arriesgarnos a vernos envueltos en un terrible conflicto mundial por mantenerlo o conseguirlo. Para lograr esto y limitar el esfuerzo común de europeos y norteamericanos a la disuasión de Rusia en Europa, un cierto grado de independencia estratégica que aliviara la presente situación de dependencia norteamericana sería muy conveniente. Naturalmente esto exigiría un mayor esfuerzo defensivo europeo unificado.

Al tratar de extraer consecuencias de lo que ha pasado en Afganistán y de la apresurada retirada de aquel país, hemos establecido unas perspectivas internas moderadamente positivas. Sin embargo, globalmente, las consecuencias pueden ser bastante más serias. En los veinte años en Afganistán, las democracias hemos aprendido que no se pueden imponer nuestros valores por la fuerza en países con otras tradiciones. Si a estas lecciones recientes unimos los resultados de los varios intentos anteriores que van desde la guerra de Vietnam hasta la invasión de Irak o las tragedias de Siria y Libia hemos de reconocer que esta limitación ha sido comprobada sobradamente. De nuestra apresurada salida de allí, hemos obtenido otra lección: que hay que respetar las alianzas y a veces esto hay que recordárselo al líder. Aunque cueste bastante.